

Jornada de derecho canónico

RAFAEL NAVARRO-VALLS*

EL FACTOR RELIGIOSO EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE EE. UU.

Fecha de recepción: 23 de junio de 2018

Fecha de aceptación y versión final: 5 de julio de 2018

1. INTRODUCCIÓN

Ya Tocqueville en 1835 describía a los americanos como un pueblo religioso. Para el autor de *La Democracia en América*, «fue el carácter religioso del país lo primero que atrajo su atención al llegar a Estados Unidos». Y es que, desde 1789, la primera enmienda a la Constitución americana –ratificada en 1791– estableció un modelo de relaciones Iglesias-Estado con dos caras: las llamadas *establishment clause* y *free exercise clause*. Ambas sintetizadas en este texto: «El Congreso no promulgará ley alguna para el establecimiento de una religión o para la prohibición del libre ejercicio de la misma». Estas dos cláusulas no siempre han tenido una interpretación unívoca por el Tribunal Supremo Federal de los Estados Unidos. Su jurisprudencia unas veces ha acentuado como principio rector el de la separación estricta (*establishment clause*) y otras, el de libre ejercicio de la religión (*free exercise clause*).

* Catedrático, académico y presidente de las Academias Jurídicas de Iberoamérica.

Naturalmente no es este el momento adecuado para hacer un análisis de la zigzagueante jurisprudencia interpretadora del Tribunal Supremo. Basten dos observaciones que me parecen importantes.

La primera es que el propósito de la separación entre las Iglesias y el Estado en Estados Unidos no fue –por decirlo en palabras de William McLoughlin– «el de hacernos a los americanos libres de la religión, sino más bien el de hacernos oficialmente libres para la práctica de la misma». En Estados Unidos, el poder político se limitó a abolir la religión de Estado, poniendo a todas las Iglesias en pie de igualdad, en absoluta posesión de sus bienes y libres para organizar su vida interior. Era una separación amistosa con benévola neutralidad hacia todas las Iglesias.

La segunda observación –conectada con la anterior– es que la cita de una frase atribuida a Jefferson de que, entre las Iglesias y el Estado, existiría un «muro de separación» ha de ser entendida en su exacto sentido. La verdad es que la célebre frase –que para algunos crearía una profunda zanja entre las Iglesias y el Estado en EE. UU.– no es más que un clavo ardiendo al que se agarraron algunos intérpretes para acentuar el separatismo sobre la libertad.

La realidad es que la idea del «muro de separación» fue simplemente una gráfica expresión recogida en una nota de cortesía enviada por Jefferson a los baptistas de Danbury. Nota escrita, por lo demás, catorce años después de que la Primera Enmienda fuera aprobada por el Congreso.

Si se me permite el símil, es algo así como si el Tribunal Constitucional español apoyara el núcleo argumental de una sentencia sobre laicidad del Estado en una carta privada escrita por Manuel Azaña a los agustinos de El Escorial o por Manuel Fraga –uno de los padres de la Constitución de 1978– a los canónigos de la catedral de Santiago de Compostela.

Por decirlo con palabras del recientemente fallecido William Rehnquist, presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos, «el muro que separa a la Iglesia del Estado es una metáfora basada en una mala historia. Y, como tal, debería ser abandonada franca y explícitamente».

2. LA «CUESTIÓN CATÓLICA» Y LA «CUESTIÓN JUDÍA»

Si estamos de acuerdo en lo dicho anteriormente, se entiende enseguida que la religión de un candidato a la presidencia o su valoración de

los temas morales se convierte –en cuanto puede afectar a su política– en un factor de cierta importancia para sus electores. Esto se acentuó en etapas precedentes y concurrentes con el caso Kennedy. Si el presidente siempre ha sido un símbolo de las tradiciones y costumbres de América –que no se olvide fueron protestantes en sus orígenes y durante muchos años– se explica que los 34 presidentes que precedieron a John Kennedy fueran de extracción protestante.

2.1. EL CASO AL SMITH

Como es sabido, Al Smith –de religión católica– fue durante cuatro mandatos gobernador de Nueva York. En 1928 la Convención demócrata lo eligió candidato para las elecciones presidenciales por dicho partido.

Iniciada la campaña para la presidencia entre Al Smith y el candidato republicano Herbert Hoover, tres fuerzas vigorosas comenzaron a atacar la condición católica del gobernador de Nueva York: los antibolicionistas (muchos de ellos protestantes), el frente formal de las sectas protestantes y el Ku Klux Klan. Tan virulenta fue la campaña, que el propio Hoover defendió a su adversario frente a los que le atacaban por su condición de católico. Hoover ganó la presidencia de un modo contundente, ya que Smith solo triunfó en 8 estados con 15 millones de votos frente a los casi 22 del candidato republicano.

Como observa Planell: «las elecciones de 1928 demostraron, sin ningún género de dudas, que la “cuestión religiosa” seguía existiendo como factor importante en los Estados Unidos del siglo XX».

No obstante, sorprende que en tres años consecutivos (1943, 1944 y 1945), cuatro películas centradas en el tema del catolicismo (*La canción de Bernadette*, *Siguiendo mi camino*, *Las campanas de Santa María* y *Las llaves del reino*) fueron nominadas a 34 Oscar, de los que finalmente obtuvieron 12. Probablemente los lectores menos jóvenes recordarán estos filmes.

2.2. LA ELECCIÓN DE JOHN F. KENNEDY

A finales de 1959, muy poco antes del anuncio oficial de la candidatura del senador de Massachusets, pero ya en camino hacia la presidencia,

las pasiones que encuadraban la «cuestión religiosa» no solo no se habían mitigado, sino que seguían latentes.

Cuando empezó la campaña (el 2 de enero de 1960 anunció formalmente su candidatura), Kennedy no temía demasiado que su condición de católico se convirtiera en un problema intelectualmente relevante. Lo que temía –y en parte se confirmó– es que las manipulaciones de sus adversarios políticos lo transformaran, por decirlo con palabras de Arthur Schlesinger, en una «ominosa corriente de rencor subterráneo», haciéndole aparecer una especie de *hooligan* católico de la política. Lo que podría denominarse la ofensiva del «macarthysmo religioso».

Aunque su adscripción católica le ayudó en algunas zonas, sobre todo en los barrios católicos del nordeste, en la mayoría del país le perjudicó. Las estimaciones marcan una horquilla de entre 2 y 4 millones de votos perdidos por causa de la religión del joven senador.

Así pues, el 8 de noviembre de 1960 era elegido presidente el católico John F. Kennedy. Su biógrafo Robert Dalleck observa agudamente que, en el análisis final, «la cuestión más importante no es por qué ganó Kennedy, sino por qué su victoria fue tan ajustada». El margen popular de votos sobre Richard Nixon fue solamente de 118.574 sobre un total de 68.837.000.

Una gran mayoría de analistas coinciden en que los optimistas consejeros de Kennedy no llegaron a calibrar la corriente subterránea que movía un temor irracional hacia su condición de católico.

El tema durante la campaña se agudizó cuando uno de los contrincantes de Kennedy en las primarias, Hubert Humphrey, comenzaba a utilizar esta frase, con mensaje subliminal incluido: «Dadme la religión tradicional». El toro lo cogió Jack Kennedy por los cuernos con una de las más afortunadas respuestas que utilizó sobre el tema. La primera fue: «Nadie me preguntó si era católico cuando me enrolé en la Marina de Estados Unidos. Nadie preguntó si mi hermano era católico o protestante antes de que subiera al bombardero norteamericano en que voló su última misión».

Kennedy logró, ciertamente con dificultades, romper una barrera que pasados los años –y sea cual sea el juicio que merezcan sus mil días en la Casa Blanca, no tan brillantes como sus partidarios proclamaban– constituyó un enorme salto hacia delante en materia de tolerancia religiosa.

2.3. UNA CANDIDATA CATÓLICA (G. FERRARO) Y OTRO JUDÍO (J. LIEBERMAN) A LA VICEPRESIDENCIA

Saltemos ahora a 1984. Geraldine Ferraro (formando tándem con Walter Mondale) fue la primera mujer que, en toda la historia norteamericana, aspiró a la vicepresidencia. Como es sabido era católica. Su principal problema no fue tanto su condición de tal cuanto su posición *pro-choice* en materia de aborto, que le acarreó críticas de la jerarquía católica, lo que le supuso una campaña a la defensiva.

Las consignas optimistas de Reagan que aseguraba a los electores que lo mejor estaba todavía por venir («Ha amanecido en América»), acabaron con el dúo Mondale/Ferraro, que acabó perdiendo por un contundente 59% sobre el 41%. En realidad, los analistas coinciden en que ningún demócrata –católico o no, varón o mujer– hubiera podido ganar a Reagan en un segundo mandato con la economía boyante.

El caso de Joseph Lieberman –quien, en las polémicas elecciones federales estadounidenses del año 2000, fue compañero de fórmula de Albert Gore, siendo derrotados por los republicanos George W. Bush y Dick Cheney– exige una mayor atención, no solo por ser el primer judío practicante que ha formado parte de un *ticket* para la Casa Blanca, sino por su misma actitud durante la campaña como candidato a la vicepresidencia. De entrada, en agosto del 2000, unas declaraciones suyas en Detroit causaron gran revuelo. Afirmó que «esperaba que su candidatura animara a la gente a sentirse más libre para hablar de su fe» y que «debería haber un lugar para la fe en la vida pública de Estados Unidos».

Sin embargo, la Liga Antidifamación –dedicada a luchar contra el antisemitismo– le pidió en una carta que dejara de hablar de sus creencias en campaña (*International Herald Tribune*, 30-VIII-2000), porque insistir «en la religión es inapropiado en una campaña política, e incluso inquietante para una sociedad religiosamente plural». Lieberman no contestó a la Liga, pero dijo que seguiría hablando de su religión. En fin, la clave del problema fue adecuadamente valorado desde *Le Monde* (15-VIII-2000), cuando observó que Lieberman no es tanto un judío que ha llegado a senador y ahora quiere ser vicepresidente, sino un senador de religión judía que aspira a la vicepresidencia, que es muy distinto. Un político, pues, en el que la religión desempeña algún papel, pero no totaliza su entidad. En todo caso, si la elección de Kennedy contribuyó a derribar la barrera anticatólica, la elección de Lieberman como candidato

a la vicepresidencia contribuyó a mitigar el sentimiento antijudío, todavía presente en amplios estratos norteamericanos.

3. LUCHA DE VALORES: BUSH CONTRA GORE / BUSH CONTRA KERRY

En la contienda electoral entre George W. Bush (un metodista devoto) y Al Gore («I am a Christian. I am a Protestant. I am a Baptist», declaró en *Newsweek*), el tema de la religión apareció en las convenciones donde fueron elegidos candidatos. Si la elección de Clinton en 1993 fue precedida de una especie de «catarsis televisiva» ante una abundante audiencia de pastores evangélicos, Gore y Bush tampoco parecieron avergonzarse de hacer ostentación de su fe. Buena parte del «conservadurismo solidario» de Bush se basaba en trasladar a las fuerzas sociales –en especial, a las Iglesias– el papel que desempeña el poder de la burocracia estatal en el omnipresente *Welfare State*. Y la elección del judío ortodoxo Lieberman en el *ticket* demócrata fue, según fuentes cercanas a Gore, «un signo de fortaleza, no de debilidad, porque desafía a los republicanos en el terreno de los valores y la religión».

3.1. LA *CHRISTIAN COALITION*

Bush, en su campaña del año 2000, se apresuró a buscar el *nihil obstat* de la poderosa *Christian Coalition*, una agrupación de evangelistas conservadores. Gore recordó con alguna frecuencia que había asistido en su juventud a una escuela de teología durante un año para encontrar respuestas a los problemas religiosos: «No encontré respuestas sencillas, pero sí mejores formas de plantear las preguntas». Ante una pregunta que le hicieron durante la campaña, Bush contestó que «su personaje favorito era Jesucristo». Gore afirmó que «la fe está en el centro de mi vida».

Karl Rove, el gurú electoral de Bush, comprendió enseguida que era necesario el voto de la red de Iglesias evangélicas que se había mantenido tradicionalmente al margen de la política. El análisis del voto demostró que Bush ganó en las elecciones de 2000 entre los protestantes blancos y Gore entre los judíos y los agnósticos. El voto católico se dividió

por mitad y, cuanto más alta fue la tendencia de un votante a asistir a servicios religiosos, mayores posibilidades hubo de que votara por Bush. En fin, entre los que votaron a este sobresale el grupo de electores que entendían que el clima moral de Estados Unidos había empeorado con la presidencia de Clinton.

Aunque Bush logró 16 millones de votos del sector evangelista, la victoria fue pírrica: Al Gore perdió en Florida por solo 534 votos. Ante este resultado, Rove afirmó que le habían fallado tres millones de cristianos protestantes en las urnas. Los siguientes cuatro años Bush cortejó a este sector y así consiguió su reelección en 2004, pese a la invasión de Irak.

No se crea, sin embargo, que el voto evangelista fue un voto «fundamentalista». Una encuesta del 2004 mostraba que solo el 10,8% de la población adulta norteamericana se identificaba como protestante fundamentalista.

Las elecciones del 2004 enfrentaron a un católico (Kerry) contra un protestante (Bush), pero no reprodujeron las tensiones entre protestantes y católicos que vimos en la contienda Nixon/Kennedy. En 2004 se habló de aborto, pena de muerte, células madre, matrimonio entre homosexuales, pedofilia entre el clero, etc., pero no de «relaciones de obediencia de los católicos romanos con su Iglesia». La división se produjo esta vez entre votantes «devotos» (protestantes o católicos) y los llamados cristianos *self service* (católicos o protestantes), que practican más o menos, pero no suelen seguir las indicaciones de sus Iglesias sobre los mencionados temas. La cuestión se complicó por las tendencias *pro choice* de Kerry, que recibió una admonición formal de varios obispos católicos por su proclividad al aborto.

4. VENCEDORES Y VENCIDOS EN LAS ELECCIONES DEL 2008: UN AFROAMERICANO AMBIGUO Y UN BLANCO ESCÉPTICO

Las elecciones que concluyeron en noviembre de 2008 con la victoria del senador por Illinois Barack Hussein Obama han sido las más largas, las más emocionantes y las más caras de toda la historia de la Presidencia de Estados Unidos. Prácticamente duraron dos años, han estado llenas de alternativas –tanto en las primarias como en la fase Obama *versus* McCain– y han movido unos 2.500 millones de dólares.

La incidencia del factor religioso ha sido elevada a lo largo del proceso, aunque en la votación del 4 de noviembre el estallido del crac financiero de mediados de septiembre ha producido –como veremos– un predominio del «voto económico» sobre el «voto moral».

4.1. LAS TRES «G»: *GUNS*, *GOD* Y *GAYS*

Prescindiendo aquí –por evidentes razones de espacio– de datos como la pertenencia a la Iglesia católica de seis candidatos durante las primarias, de la inequívoca posición favorable a los valores religiosos de algún otro (como el republicano Mike Huckabee, catapultado por las iglesias evangélicas en las primarias de Iowa a la cabeza del pelotón republicano) y el impacto sobre los votantes del primer mormón candidato a la presidencia (el también republicano Mitt Romney), la verdad es que durante la campaña se habló con gran naturalidad del papel de la religión en la vida de un candidato, de problemas conexos con el creacionismo, el aborto, el matrimonio y la familia.

Por citar algunos ejemplos: Hillary Clinton –para algunos, la «nueva Pasionaria americana»– frecuenta más su iglesia metodista que el propio George W. Bush, también metodista. Obama, como veremos, defendió vigorosamente sus convicciones cristianas ante la acusación de islamismo. McCain entonó un *mea culpa* ante la televisión por el modo injusto y poco cristiano con que trató a su primera mujer. Biden –el candidato a la vicepresidencia demócrata– confesó que siempre lleva el rosario en el bolsillo y de Sarah Palin –una evangelista activa, candidata a la vicepresidencia por los republicanos– decía Ralph Reed, expresidente de la Coalición Cristiana, que su nombramiento es «tan bueno que no me lo puedo creer». No es extraño que ya sea un tópico afirmar que parte de la contienda electoral –como las anteriores– giró sobre las tres «g»: «guns» (armas de fuego), «God» (Dios) y «gays» (homosexualidad).

4.2. EL TICKET VENCEDOR, OBAMA Y BIDEN

De hecho, la «cuestión religiosa» ha sido un ingrediente con alternativas. Comencemos con Obama.

Inicialmente sobre él se cernió, durante un tiempo, la «acusación» de tener convicciones islámicas. Cuando los diarios *Jerusalem Post* y *Los*

Angeles Times lanzaron toda una serie de datos acerca de la educación islámica del candidato afroamericano, los desmentidos del *staff* de Obama fueron primero categóricos y luego matizados. Su estancia en una escuela islámica en Indonesia durante un tiempo era un hecho, la condición islámica de su padre y luego de su padrastro era otro hecho.

Obama reaccionó declarándose «cristiano fervoroso» y presentando como garantía su pertenencia a la Iglesia protestante del pastor Jeremiah Wright, de cuyas enseñanzas había aprendido la frase con la que el mismo Obama tituló su libro más conocido: *La audacia de la esperanza*. No obstante, un pequeño sector de votantes desconfiaron durante toda la campaña del joven senador, haciendo hincapié intencionado en su segundo nombre: Barack Hussein Obama. Incluso McCain llegó a decir en el fragor de la contienda: «Obama es el candidato de Hamás a la presidencia», lo que llevó a la dimisión inmediata de un colaborador de Obama, efectivamente en contacto con Hamás.

Posteriormente el problema resurgió, pero esta vez propiciado por el mismo argumento que esgrimió Obama para defenderse de la acusación de «islamista radical». Me refiero a la propia personalidad incendiaria del pastor principal de la pequeña iglesia a la que pertenecía el senador por Illinois: el mencionado reverendo Jeremiah Wright. En plenas primarias este líder religioso declaró, entre otras cosas, que los ataques islámicos del 11 de septiembre fueron causados por la previa postura terrorista de Estados Unidos en el Oriente Medio. Aunque Obama reaccionó abandonando la iglesia de Chicago a la que pertenecía y que estaba precedida por el debatido pastor, Hillary Clinton le acusó de «peligroso candidato» relacionado con elementos radicales, en este caso racistas negros.

¿Cuál era la posición real de Obama sobre la religión? Prescindiendo de las confesiones más o menos electorales hechas durante la campaña y centrándonos en su obra escrita, resulta una cierta ambigüedad en sus planteamientos. Lo cual se entiende por sus antecedentes familiares: su madre, prácticamente agnóstica, decía que la religión había que respetarla pero «observarse desde cierta distancia»; su padre era un ateo convencido que pensaba que la religión era una superstición más; tras el divorcio y nuevo matrimonio de su madre, su padrastro era un indonesio escéptico; en la escuela (primero una católica, luego otra musulmana) a su madre le preocupaba mucho más –según declara el propio Obama– «si aprendía la tabla de multiplicar que las lecciones de religión

que recibía». Todo esto explica que Obama crea que «los que están motivados por la religión deben trasladar sus preocupaciones a unos valores universales en lugar de específicos de cada religión». Explica también que, en un momento de la campaña, dijera que los residentes de los pueblos pequeños de Pensilvania eran «amargados» y «aferrados a las armas o la religión», de lo cual hubo de disculparse.

La verdad es que los cristianos activos desconfiaron de él, principalmente por su postura bastante extrema en materia de aborto. Para entender esto, conviene recordar que aunque los contrarios al aborto en Estados Unidos no son mayoría, la verdad es que, como afirma Bill Kristol: «El aborto es hoy la encrucijada sangrienta de la política norteamericana». Una cuestión donde se entrelazan tres posiciones, no siempre serenamente abordadas: la liberación judicial, la liberación sexual y la liberación de la mujer.

Probablemente esto llevó a Obama a intentar neutralizar la posible oposición de parte de los cristianos postulando para la vicepresidencia a Joseph Biden (un veterano senador por Delaware), que se declaraba católico practicante. Sin embargo, también este pronto tuvo problemas con la jerarquía por su posición favorable al aborto. Incluso –como le sucedió a John Kerry– algún obispo propuso negarle la comunión.

La realidad es que «Biden fue un factor lleno de paradojas en las elecciones de 2008». Por un lado, era un hijo de obreros irlandeses, frecuentaba la Iglesia y confesó sin embages que lleva siempre el rosario en el bolsillo; por otro, apoya –aunque no con la intensidad de Obama (Biden de hecho votó en contra de la ley de aborto por decapitación)– la sentencia *Roe versus Wade* del Tribunal Supremo federal de Estados Unidos, que de hecho ha propiciado las leyes más permisivas de aborto de todo Occidente.

4.3. LOS VENCIDOS: JOHN MCCAIN Y SARAH PALIN

Cuando apareció en la campaña presidencial de 2008, McCain jocosamente decía de sí mismo que «era más viejo que el polvo y tenía más heridas que Frankenstein». Su capacidad de regeneración después de la paliza que en las anteriores primarias le propinó Bush ya indica un temperamento de primera. Sin embargo, en materia de creencias, si Obama es algo ambiguo, McCain es algo escéptico.

John McCain pertenece a la Iglesia anglicana pero nunca ha sido especialmente practicante. Está divorciado y ha defendido que la religión es un asunto privado.

Para cubrir ese flanco, McCain hizo una elección sorprendente: designar a Sarah Palin como su candidata a la vicepresidencia. La joven gobernadora de Alaska –conocida como «Barracuda» por su energía– surgió como un meteoro en el complicado firmamento electoral de septiembre.

Su desenfadada y vibrante llamada a las bases «más religiosas de América» comenzó a remover las aguas. Su pertenencia a la Iglesia evangélica, su defensa de la vida (demostrada con un hijo con síndrome de Down, que se negó abortar) y su continua referencia a los valores despertó el respeto de muchos.

Sus detractores –en «estado de pánico»– corrieron el rumor de que su hija con síndrome de Down era, en realidad, su nieta, o que pertenecía a un fantasmal partido independentista de Alaska. Esta desmesurada reacción ya sugiere que la elección no iba mal encaminada. Así como Biden no aportó demasiados votos a la campaña de Obama, la gobernadora de Alaska comenzó a remover las bases cristianas republicanas que estaban de morros con McCain.

Las esperanzas republicanas se fueron al traste con el crac financiero de mediados de septiembre. La desastrosa gestión por McCain de la complicada situación y la propia responsabilidad del gobierno republicano de Bush hizo cabalgar los jinetes del Apocalipsis abriendo paso a los demócratas. Obama se montó en el desastre del crac y voló hacia la estratosfera en las encuestas.

El joven y brillante senador afroamericano acabó ganando entre los protestantes (53/46%), entre los católicos (54/45%) y entre los judíos (78/21%). Los evangelistas fueron fieles hasta el final a McCain/Palin (73%/26 %).

5. ELECCIÓN DE 2012: ROMNEY VS. OBAMA

Al concluir las elecciones de 2012 que enfrentaron al mormón Mitt Romney con Obama, las cifras demostraron: los protestantes (53% de los electores) favorecieron en un 57% a Romney; los católicos (25%) votaron por Obama en un 50%; los judíos (2%) estuvieron con Obama

en un 69%; el apartado «otros» (7%) se decantó por Obama en un 74%; finalmente, las personas sin confesión religiosa (12%) votaron por Obama en un 70%. Estas cifras no muestran nada muy diferente de lo anterior, pero permiten hacer algunas precisiones a modo de hipótesis: a) los evangélicos forman el grupo más religiosamente activo; b) hay una notoria división en el interior del catolicismo.

Por ejemplo, Joe Biden, demócrata católico, defiende el derecho a la interrupción del embarazo y el matrimonio gay. Al contrario, el republicano también católico Paul Ryan –presidente de la Cámara de Representantes– opina exactamente, al contrario.

Hay en EE. UU. 77 millones de católicos. De ellos un 51% de católicos se identifica como demócrata, frente a un 39% que asegura ser republicano: unos están en la línea Biden y otros con la jerarquía católica.

6. LA ELECCIÓN DE DONALD TRUMP

Donald Trump es un presbiteriano confeso, que raramente habla de sus convicciones religiosas. Sin embargo, durante la campaña presidencial contra Hillary Clinton ha proclamado reiteradas veces su apoyo a la libertad religiosa. Más en concreto, respaldó los esfuerzos de distintos grupos religiosos de oponerse a las disposiciones del *Obamacare* que obliga a las empresas –incluidas los hospitales, escuelas, organizaciones benéficas, etc. y otras instituciones regentadas por instituciones religiosas sin ánimo de lucro– a proporcionar a sus empleados un seguro médico que incluya el aborto y la esterilización femenina. Entre ellas se contaban las Hermanitas de los Pobres, a las que prometió apoyar sus esfuerzos por la objeción de conciencia frente a estas disposiciones.

Al tiempo, envió una carta a los líderes católicos declarándose firmemente *pro-vida*: «Soy, y seguiré siendo, *pro-vida*. Defenderé vuestras libertades religiosas y el derecho a una completa y libre práctica de vuestra religión, tanto para los individuos, como para los propietarios de negocios y para las instituciones académicas». Naturalmente no habló de aquellas otras cuestiones que contradicen la posición del papa Francisco: emigración, atención preferente a la pobreza, etc.

No obstante las peculiaridades de Donald Trump, la verdad es que aplicó, una vez ganadas las elecciones, lo que había mantenido durante ellas. Así ha restaurado el *Día Nacional de Oración*, ha firmado un decreto

sobre libertad religiosa y ha derogado la norma dictada por Obama que permitía destinar fondos públicos al aborto en los Estados Unidos.

El *Día Nacional de la Oración* era una tradición norteamericana que se interrumpió durante los últimos años del mandato del presidente Obama. Su restauración permitió a Trump firmar, rodeado de líderes religiosos de diversas confesiones, una orden ejecutiva sobre libertad religiosa y de expresión. En ella, entre otros extremos, el presidente ordena al Departamento del Tesoro que sea indulgente en la aplicación de la llamada enmienda Johnson, que, desde 1954, prohíbe a las Iglesias que gozan de exenciones fiscales intervenir en las campañas electorales.

Por otra parte, durante el mismo acto, Trump respaldó expresamente a las monjas de las Hermanitas de los Pobres en sus pretensiones a favor de la objeción de conciencia a cuestiones morales.

Su pretensión fue ampliamente acogida por el Tribunal Supremo en sentencia de 16 de mayo de 2018. De forma unánime los magistrados dijeron que el Gobierno no puede imponer sanciones económicas a las Hermanitas de los Pobres por no aplicar el mandato proaborto de la Administración Obama.

La Corte ordenó además a tribunales menores que ayuden al Gobierno a elegir un método alternativo para proveer servicios que no requieran la participación de las Hermanitas.

En fin, dos días después de su toma de posesión recuperó, mediante una orden ejecutiva, la llamada «política de la Ciudad de México», que prohíbe el uso de fondos del Gobierno para financiar a ONG que practiquen o promuevan abortos en el extranjero.

7. CONCLUSIÓN

A los europeos les sorprende que solamente el 26% de los norteamericanos piense que sus dirigentes políticos expresan en demasía sus creencias religiosas personales, o que tres de cada cuatro estimen que el presidente ha de tener fuertes sentimientos religiosos. En efecto, la mayoría de los ciudadanos estadounidenses exige la presencia de la religión en la política.

En ese sentido se pronunciaba no hace mucho el *think tank* independiente *The Hispanic Council*. Tomando como base un análisis de *Pew Research Center* (enero 2016) realizado entre 2000 adultos estadounidenses

para medir la influencia de la fe en las elecciones, concluía que el 51% de los ciudadanos admiten que sería menos probable que voten por un candidato a la presidencia que se declare ateo, y el mismo porcentaje afirma que es muy o algo importante compartir la misma creencia religiosa con el presidente. Además de su lejanía a la religión, las cuestiones que podrían hacer menos probable que una persona de EE. UU. votara por un candidato a presidente son: haber tenido problemas financieros personales (41%), haber sido infiel (37%) y haber consumido marihuana en algún momento de su vida (20%).

Por eso mismo los candidatos a la presidencia en Estados Unidos no huyen de manifestar sus creencias (lo que en Europa sería políticamente incorrecto). Como hemos visto, el republicano George Bush solía decir que «no concebía su tarea presidencial sin la ayuda de Dios». El demócrata John Kerry (2004) manifestó con aplomo que «la verdad es que la fe afecta a todo lo que hago». De Hillary Clinton, sus biógrafos decían que «es la demócrata más religiosa desde Carter». Por ejemplo en las elecciones contra Obama manifestó que desde niña sentía «la presencia de Dios en su vida». El propio Obama, poco creyente, concluyó que no podía marginar la religión. Para él, las convicciones religiosas tienen un papel que cumplir en la política, sobre todo en la solidaridad humana: elogió a los creyentes que «usan su influencia para unir a los americanos contra la pobreza, el sida y la violencia» (2007). Y no digamos nada del mormón Mitt Romney y el católico Rick Santorum. Ambos en sus respectivas campañas se referían continuamente a Dios.

Esto explica, por ejemplo, que los presidentes juren el cargo ante una Biblia. Con dos excepciones. El presidente Johnson juró el cargo en el avión presidencial de vuelta a Washington. Con la precipitación, la jueza texana que le tomó juramento se olvidó la Biblia. Un agente del servicio secreto descubrió en uno de los cajones un misal romano que a veces utilizaba el asesinado presidente Kennedy: el nuevo presidente juró sobre él. En 2013, al inicio de su segundo mandato, el presidente Obama debió jurar dos veces, al caer el 20 de enero (fecha constitucional del juramento) en domingo y, por tanto, con dificultad de asistencia de funcionarios etc., lo que llevó a repetir el juramento el 21, esta vez públicamente. El 20, privadamente, juró sobre la Biblia familiar de su esposa y el 21 lo hizo con las Biblias utilizadas por Abraham Lincoln y por Martin Luther King. De este modo fueron tres Biblias y no una, las utilizadas. Son anécdotas, pero que explican el sentido de esta intervención.